



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 1088

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 20 DE JUNIO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA UNION
Y
EL FÉNIX ESPAÑOL
COMPañIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL.
31 AÑOS DE EXISTENCIA
SEGUROS contra INCENDIOS. SEGUROS sobre LA VIDA
Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPañIA, Caballos 15.

EN PLENO DESASTRE

La tragedia filipina está tocando á su término. La soberanía de España agoniza en la isla de Luzón como agonizó nuestra escuadra en la bahía de Cavite.

La capital del archipiélago lucha á la desesperada por conservarse unida á la metrópoli; pero su voluntad no puede resistir el atroz empuje del bárbaro enemigo que la asedia y la ataca por todos los medios que le sugiere su deslealtad y su ambición.

En estas horas de supremo dolor para la patria estremécense el corazón y se ennegrece el pensamiento al considerar la situación angustiosa de los soldados de Manila, que luchan sin desmayar no obstante haber huido de sus corazones la esperanza de recibir pronto auxilio.

Hace medio año cantábase en las catedrales el Te-Deum, repicaban alegres las campanas, se engalanaban los balcones con vistosas colgaduras y las gentes saludaban jubilosas el advenimiento de la paz comprada con los últimos restos de la fortuna de la nación; hoy se

huele á cadáver y se escuchan allá en el fondo del alma ecos de cantos funerales y sonidos de campanas que anuncian la muerte de la soberanía española en las islas de Magallanes.

¡Qué horrible cambio en la suerte de la patria y en la de los bravos defensores que á costa del sacrificio de sus vidas han pretendido ahorrarle, sin conseguirlo, el trance fatal en que se encuentra!

A despecho de los marinos que se hundieron con los barcos en Cavite y apesar de los esfuerzos portentosos del ejército que, rendido por el cansancio y hambriento además lucha heroico contra las horridas tagalas, lo que había de suceder sucede: Manila se rendirá, —si ya no se ha rendido— no á los tagalos ni á los yanquis, sino á la imprevisión de los que descuidaron la defensa.

Unos cuantos cañones á la entrada del puerto, otros cuantos torpedos submarinos y una menor prisa en repatriar los soldados, habrían evitado este desastre que cuesta tantas vidas y desgarras de golpe el suelo de la patria.

GLORIAS NACIONALES

Batalla de Francavilla.
20 de Junio de 1719.

Aconsejado por el cardenal Alberoni, Felipe V, ordenó partieran para los Estados Italianos fuertes expediciones, nada menos que con ánimo de devolver á España los dominios de tiempos para ella más prósperos.

El resultado de tal decisión fué agregar nuevamente á su corona la isla de Cerdeña y la mayor parte de la de Sicilia y que los numerosos triunfos alcanzados por sus armas indujeran á Inglaterra, Francia, Austria y Holanda á coaligarse para poner coto á sus pretensiones y hacerla respetar el tratado de Utrech.

En las cercanías de Melazzo habían librado tropas austriacas y españolas una sangrienta batalla, aunque aquellas habían sido derrotadas completamente, el general Ledes, jefe de estas, en vista de la escasez de fuerzas de que disponía y de que en muy breve tiempo los austriacos podrían recibir refuerzos creyó prudente levantar el sitio á Melazzo y buscar otro territorio que le permitiera combatir con más ventajas.

Apercibidos los austriacos de tal operación, decidieron seguir al ejército español para darle alcance y trabar combate.

Viéndose Ledes acosado por todos lados, decidió presentar batalla, y á esto fin replegó sus soldados hacia Francavilla, ocupando magníficas posiciones.

No tardaron los austriacos en acometer las huestes españolas, pues en las primeras horas de la mañana del 20 de Junio, el general Sekendorf arremetió contra el ala izquierda con tal decisión, acierto y arrojo, que la hizo abandonar las posiciones ocupadas.

Ciego por este triunfo el conde de Merol pretende hacer correr la misma suerte al centro de nuestras tropas; más fué tanto el valor y tantos los soldados que lo formaban, que las tropas del emperador de Austria fueron rechazadas con grandes pérdidas.

Con nuevas y más numerosas repeticiones los generales Sekendorf, Zaminghen y de Merol la misma operación, más todo inútil; los españoles permanecían como clavados en sus posi-

ciones y disparando sus armas con singular acierto, y tuvieron que retirarse con pérdidas enormes.

Masce Rodrigo.

(Prohibida la reproducción.)

Lo que gana el asesino

Si el hombre no se dejase dominar de la codicia hasta el punto de perder todo raciocinio; si desde niños nos habituásemos á someter nuestras pasiones al rozamiento y á estudiar el alcance de las acciones humanas, la moralidad social ganaría un mil por ciento y la criminalidad descendería de una manera notable, sin necesidad de extremar los rigores de la ley.

El que comete un homicidio por procurarse el robo, ó el que asesina para conseguirlo, no se traza en la mente el cuadro tristísimo de su porvenir, ni relaciona el beneficio que espera obtener con el perjuicio que seguramente se ocasiona; preocupado por el deseo de poseer aquel puñado de dinero que no le pertenece, sueña con que su delito ha de ser ignorado por todos, jamás descubierto y prenda segura de su tranquilidad.

Aquel dinero le sonríe, le parece inacabable, la felicidad suma durante su vida; y hiere, vuelve á herir, no se sacia de consumir iniquidades y apoderarse de él.

Sin embargo, en la mayoría de los casos el asesino encuentra poco oro de que apoderarse, ó no se beneficia absolutamente de nada; la historia de la criminalidad nos lo demuestra, y en su apoyo vamos á citar algunos casos.

En el célebre proceso por asesinato de doña Luciana Borcino, hubo el delito conexo de robo de unas 3.000 á 4.000 pesetas que desaparecieron entre autores y cómplices, como la sal en el agua; la desgraciada Higinia Balaguer subió al patíbulo sin haberse lucrado de ello, ni quizá disfrutado de un céntimo.

Ahora se va á celebrar en Zaragoza la vista de causa de los hermanos Lorenzo y Mariano y Ana, asesinos de Elias Martínez, cuyo crimen cometieron por robar 100 pesetas; es muy posible que hayan vendido su vida en 10 duros cada uno.

En Francia, el célebre Troppmann, la fiera de Pantin como entonces los periódicos le llamaron, asesinó y enterró á toda una familia sin haber disfrutado un céntimo de la cantidad que había robado.

Su conciudadano Campi, napolitano de origen, mató dos ancianos para robarles ochenta francos que le fueron ocupados íntegros; el robo no le sirvió ni para procurarse el menor placer y fué á la guillotina sin gozar de sus beneficios.

Frank, Voty y Georges, un aron para procurarse cada uno... 76 céntimos de peseta! Koening lo hizo para robar y sólo halló á su víctima 15 céntimos; Gauhan fue guillotinado por asesinato y robo, del cual sólo obtuvo 7'50 pesetas; los célebres Prancini y Prado solo encontraron en poder de su víctima algunas joyas que se vendieron en el extranjero, sin que á ellos llegara ni un céntimo de su valor; Aubert se encontró con que el asesinado solo poseía una colección de sellos de correos, que tampoco pudo vender; el célebre Errand, preso por la policía española en la Habana, sólo robó 150 francos y su huida de Francia á los Estados Unidos y de allí á Cuba le costó más de tres mil; Gides y Abadi también fueron ajusticiados por asesinato y robo, ascendiendo éste á la suma de 48 francos.

Interminable sería la enumeración de hechos si hubiésemos de citar solamente los que recordamos; pero la estadística criminal de Europa nos pudiera facilitar la prueba concluyente de que en el 90 por 100 de los crimenes á que aludimos de esos que llevan al patíbulo irremisiblemente, el ladrón asesino goza muy poco, ó nada, del dinero que provoca su crimen.

VARIEDADES

CHABADA

Son iguales prima y cuarta;
á tercia cinco asisti;
es pex dos cinco, y la todo
cosa que me agrada á mí.

L. Fernández Rodríguez.

conocida, en sus manos estrechadas con frenesí, toda la grandeza y toda la desesperación de su sufrimiento.

—¿Y me dejaríais, Leon? preguntó Margarita pálida como el mármol.

—Si, debo hacerlo. Dios ó el infierno se han interpuesto entre nosotros, y ya no podemos marchar por esa senda de flores que nuestro delirio se había forjado. ¿Qué puedo hacer á vuestro lado? exclamó con cierta entonación feroz que penetró como un puñal hasta el corazón de la marquesa. ¿Ignorais que vuestro esposo me ha desafiado y que este es una prueba de que se imagina no el amor puro y noble que existe entre nosotros, sino una pasión criminal, un cariño reprobado? ¡Ah! permanecer con vos sería ponerme á la orilla del precipicio. Yo creo que no deseareis verme bañado en la sangre de vuestro marido; yo creo, Margarita, que tendreis piedad de mí, porque si yo diese salida á todo el fuego que arde en mi pecho, entonces, lejos de aparecer como un cobarde, puesto que no pienso acudir por amor á vuestro nombre á la cita que me ha dado vuestro esposo, iría á clavarle mi espada en su corazón. vendría después á caer á vuestros pies, y mancharía vuestra virtud de sangre; de ahogos y de delirios.

—Leon.... Leon, exclamó con trémulo acento.
—¡Oh! no tembleis; ya os consta que sé ahogar las palpitaciones de mi corazón hasta el último extremo. Además, por si me fuera imposible, queda un recurso.

Esta última palabra fué pronunciada de un modo violento.

—¿Cuál?
—Dentro de pocos días se principia la campaña de Cataluña.

—¿Y estais nombrado para ir á ella? contestó la dama con un acento vehemente y apasionado.

—No sé si mi regimiento habrá recibido el orden de marchar.

—No, no, León sería morir si os separáreis de mí lado.

—Sin embargo, es preciso, Margarita: si no va mi regimiento á la guerra, solicitaré ir solo... ¡Oh! quiero no faltar á mi honor, quiero no haceros mas infeliz de lo que sois.

Los dos se miraron con esa expresión desgarradora que produce el tormento, con esa resignación sublime que desciende del cielo. Y apesar de aquella calma sombría, engendra sinicastro de la tempestad, dejaban brillar en sus miradas fijas y rutilantes, en sus bocas entreabiertas por una fuerza des-

cio del duque de Medinaceli, y Martin Alvarado cuidó de que todo estuviese dispuesto para volver á Madrid inmediatamente que concluyese la sagrada ceremonia.

Solos Santisteban, al lado de Enriqueta, y Margarita al de Leon, dejaron transcurrir las horas con esa vaga melancolía que invade nuestras potencias cuando se va á efectuar en la vida un grande acontecimiento. Y sin embargo, entre aquellas dos parejas, infelices una, y venturosas otra, había lágrimas y suspiros, incertidumbres, como las del marinero que parte á tierras remotas, y no sabe si volverá á pisar su querida playa donde ha jugado en su niñez, reanudar, y esperar, porque en la cadena de la existencia, Dios ha permitido mezclar estas flores para dulcificar las amarguras del destino.

En el entrado contraste que formaban aquellas cuatro parejas brotaba un sentimiento puro y heroico que las llenaba de una quietud inmensa y profunda como la del mar quietud que de las borrascas ó de los días apacibles, en su aspecto brillante ó sombrío, aparece en aquellos momentos inundados por el dolor ó insaludables con la dicha.

¡Ah! murmuró Margarita conmovida, en el alzar de una ventana y contemplando desde la alta cumbre de Medinaceli el horizonte de Aragón, ¿será